Josep Guijarro

MÁS COINCIDENCIAS IMPOSIBLES

DESCIFRA
LAS SEÑALES
QUE CAMBIARÁN
TU DESTINO

Luciérnaga

Josep Guijarro

MÁS COINCIDENCIAS IMPOSIBLES

DESCIFRA LAS SEÑALES QUE CAMBIARÁN TU DESTINO

Ediciones Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Josep Guijarro Triadó, 2016
© de las fotografías: Josep Guijarro Triadó, excepto: NASA (p. 56); Wikipedia Commons (p. 70, 102); today.com (p. 140)

Primera edición: octubre de 2016

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2015
Ediciones Luciérnaga
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16694-23-5
D. L: B. 14.334-2016

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Agradecimientos **11**
Prólogo por Christian Gálvez **13**
Introducción. Más coincidencias **21**

Capítulo 1
Creer es crear 27

Capítulo 2
La divina danza del destino 47

Capítulo 3
Rompiendo estadísticas 57

Capítulo 4
El Código B 87

Capítulo 5
Los protegidos 101

Capítulo 6
El enigma de los dobles 117

Capítulo 7
Resonancia 135

Capítulo 8
Las coincidencias de Cupido 149

Capítulo 9
Gafes, qué mala suerte 161

Capítulo 10
Déjà vu 199

Capítulo 11
¿Qué nos dicen las coincidencias? 211

Capítulo 1

CREER ES CREAR

La realidad no es otra cosa que la capacidad que tienen de engañarse nuestros sentidos.

Albert Einstein

Te lo advertí. *Coincidencias imposibles* podía cambiarte la vida o, al menos, la forma en que percibes la realidad. Y ha sucedido. Al menos eso deduzco de los cientos de correos electrónicos que he recibido desde la publicación de la primera edición de mi libro, en octubre de 2014. Estoy seguro de que aquellos que os tomasteis la molestia de poner por escrito vuestras experiencias y compartirlas conmigo sois sólo la punta del iceberg de una inmensa minoría silenciosa que ha visto transformada su realidad... por obra de la «casualidad».

¿Qué se esconde detrás de las coincidencias? En el libro anterior vimos cómo abordaban el fenómeno disciplinas como las matemáticas, la psicología, la física cuántica e incluso la parapsicología, pero quedaron muchas otras en el tintero, como la religión, la filosofía o la metafísica, por citar sólo algunas. Y es que, a mi juicio, las coincidencias pueden y deben ser abordadas también desde la metafísica, esa parte de la filosofía que afecta a los fundamentos mismos de la estructura de la realidad, al sentido y la finalidad última de todo ser vivo de este planeta. Incluso entre las diversas definiciones que Aristóteles dio a la metafísica como

ciencia, hay una —a la que denomina *aiteología*— que la define como la ciencia de las causas supremas. Entonces, las coincidencias podrían dar respuesta a preguntas tan fundamentales como las siguientes: ¿cuál es la naturaleza del universo y cuál es nuestra posición en él? ¿Qué propósito tiene nuestra existencia? ¿Quiénes somos y cuál es el significado de nuestras vidas?

Tanto la ciencia como la religión —por una vez se pusieron de acuerdo— se empeñan en hacernos creer que toda causa lleva implícita un efecto, que todo tiene un porqué, que no hay lugar en el universo para el azar. Veamos un ejemplo:

Alex Caviel es un joven de veintiún años que, como hacen muchos otros de su generación, se fue de copas por Chelmsford, una localidad situada al este de Inglaterra, en el condado de Essex. Salió de casa sólo con lo puesto, con unas gafas de sol en una mano y su cargador del teléfono móvil en la otra. Alex pretendía irse de «fiesta» y retransmitir sus progresos a través de Snapchat, una aplicación para *smartphone* muy popular entre los jóvenes que permite tomar y compartir fotos y videos cortos que desaparecen de internet después de un período de tiempo determinado.

En uno de los garitos Alex se encontró con su amigo James, con el que había coincidido un par de fines de semana seguidos, y decidieron divertirse juntos. Hasta ahí, todo normal.

Sin embargo, en algún momento de la noche Alex perdió a James y decidió salir del bar para comer algo (lo de las tapas lo llevan mal en el Reino Unido, por eso las pillan crudas) y se acercó a una tienda situada frente a una parada del autobús que lleva al aeropuerto... Sus recuerdos se volvieron a partir de entonces confusos, neblinosos. Y no era por el sueño —que también— sino, fundamentalmente, por los vapores etílicos.

Lo siguiente que recuerda este fiestero es haber soñado de forma muy vívida que estaba en un avión, pero como decía el poeta que «los sueños, sueños son» el cansancio y el

alcohol pudieron más que su conciencia, y siguió durmiendo como un bendito. El problema, sin embargo, radicaba en que no se trataba de un sueño vívido. Sus amigos, estupefactos, seguían a Alex por Snapchat mientras se embarcaba en un avión ¡rumbo a Barcelona!

A las ocho de la mañana, supongo que ya en fase «exaltación de la amistad», pidió ayuda a un par de mochileros para que le acercaran a la ciudad. Tenía que comprar un cargador (el suyo lo había olvidado, junto al sentido común, en algún pub británico) para poder seguir chateando que había comido paella, visitado el Port Vell y el Acuario de Barcelona, y que había tomado el Tramvia Blau hasta el Tibidabo, donde siguió de fiesta hasta las tantas. Alex terminó registrándose en tres hoteles distintos (no le bastaba con uno), y cuando al día siguiente quiso sobrevolar la Ciudad Condal en helicóptero, advirtió que no tenía más dinero en efectivo. Fue entonces cuando tocó llamar a papá...

Balance: un británico sale a tomar algo en su ciudad y se despierta borracho en España después de haberse gastado cerca de mil libras (unos mil trescientos euros), en diversión. Es como *Resacón en Las Vegas*, pero en la vida real. ¿Y te preguntas por qué te ocurren estas cosas? No es por el karma, amigo. Es por ser un gilipollas.

En cualquier caso, la moraleja es simple. Para qué bebes... si sabes cómo te pones. Causa y efecto. Pillarse un pedo colosal trae consecuencias nefastas. Igual que tirarse un pedo. ¿No me crees?

Para seguir con los símiles cinematográficos, el siguiente caso me recuerda a la versión patria del tiroteo de la película *Heat*. El titular rezaba: «Un pedo provoca un tiroteo con cuatro heridos y tres detenidos en Valencia.»

«¿¡¡¡*Cómorrrr*!!!?, exclamé sorprendido, al leerlo en el periódico.

Sentí la tentación de pensar que, por obra del destino —que a veces tiene cosas incomprensibles, como irás comprobando en las páginas que siguen— una sonora flatulen-

cia habría sido confundida con una detonación y habría ocasionado por error un intercambio de disparos. No, la cosa era más cañí.

Sucedió en la localidad de Torrent, un municipio de la comarca de la Huerta Oeste valenciana. Minutos antes de medianoche dos jóvenes de familias rivales coincidieron en la calle Xenillet. Ya es mala suerte que te cruces en la calle con alguien a quien no puedes ni ver. La mayoría de nosotros hubiera cambiado de acera, pero no fue el caso. Al parecer, cuando estaba a la altura de su «enemistad» uno de los jóvenes se tiró un tremendo pedo (aunque él dijo que se le escapó) y, a continuación, fue correspondido por una flatulencia de su adversario. De esta forma tan gorrina —a «pedazos», qué raro suena, ¿verdad?— comenzó una discusión a la que se sumaron sus parejas. Éramos pocos…

Que si él fue el primero. Que no, que fue el otro... Insulto va, insulto viene. La cosa fue a mayores y lo que comenzó como una simple, aunque sonora y olorosa tontería, fue adquiriendo tintes muy violentos y acabó a tiros. Sí, sí..., a tiros. Cuatro heridos, dos de ellos de bala que, mira por dónde, «coincide» que son padre e hijo. Asimismo, tres personas fueron arrestadas y medio centenar de agentes desplegados. Nunca antes un simple pedo la había liado tan parda.

El estrambótico episodio da valor a la máxima del polifacético Alejandro Jodorowsky: «Aunque no sepas lo que buscas, lo que buscas te busca». Y eso es lo que les ocurrió a estos dos clanes, porque los implicados en la trifulca ya habían protagonizado otras reyertas en el pasado. Vamos, que se tenían ganas y, de tanto desearlo, mira lo que pasó.

Eso mismo sucede con las coincidencias..., que te buscan y aparecen cuando menos te lo esperas, y las catarsis emocionales que suscitan, así como la transformación de la vida de algunos de sus protagonistas, dan testimonio de un fascinante ejercicio creativo. A veces, y esto es lo mágico, lo desconcertante, con las causas desconectadas de los efectos, aunque nosotros los relacionemos.

Dime si no qué relación puede tener marcar un gol con la muerte de un personaje importante. En principio nada, ¿verdad? Salvo que el balón te estalle en la cara con tan mala suerte que te la parta, por poner un ejemplo. Sin embargo, al centrocampista del Arsenal Aaron Ramsey le persigue una muy particular maldición desde el año 2009: Cada vez que marca un gol fallece un personaje relevante. Es el paradigma de la coincidencia «acausal».

Se me objetará —lo hacen los críticos— que todos los días muere gente y que, por tanto, se trata tan sólo de una macabra coincidencia. *Maybe*… pero yo, si estuviese en la piel de Aaron Ramsey, me lo pensaría dos veces antes de marcar un gol en la Premier League.

Ni que decir tiene que al jugador del Arsenal no le hace puñetera gracia que se asocie su nombre con la imagen del «futbolista de la muerte», pero la estadística es implacable. Echemos cuentas.

La maldición de Ramsey

Desde su debut como profesional en el Cardiff City, en 2008, el centrocampista galés había marcado, hasta marzo de 2016, un total de 56 goles (46 con el Arsenal y 10 con la selección de su país). Si los analizamos uno a uno y observamos las fechas en la que fueron marcados, podemos establecer una relación entre muchos de sus tantos y el fallecimiento (horas después o, en el peor de los casos, con un margen de dos días) de un personaje importante. A mí me salen 19 personajes relevantes. Es decir, un 33 % de sus goles termina con alguien en el cementerio. Es como el insecticida Raid: los deja bien muertos.

La primera coincidencia se dio el 16 de octubre de 2009. Ese día, la selección galesa se enfrentaba a la de Liechtenstein en el partido clasificatorio para el Mundial de Fútbol de Sudáfrica. Gales ganaba por 1-0 en la fase de grupos

cuando, en el minuto 80, Aaron Ramsey marcó el 2-0 definitivo. Era su primer gol como internacional.

Dos días después fallecía en su domicilio, a los cincuenta y tres años de edad, el conocido periodista Andrés Montes. El comentarista deportivo del «tiki-taka, tiki-taka» fue encontrado ya sin vida en su casa del distrito de Chamberí, vestido con un pijama, sobre la cama y con la almohada manchada de sangre.

Nadie lo relacionó. Probablemente porque para establecer una regla se necesita una cierta reiteración. Lo dice el refranero: «No hay dos sin tres». Y el segundo en la serie «acausal» se produjo tan sólo un mes después, en noviembre de 2009.

Cerca de catorce mil espectadores se habían dado cita en el Cardiff City Stadium para ver el partido entre las selecciones de Gales y Escocia, un encuentro que los galeses ganaron por 3-0. En el minuto 35, Ramsey consiguió el tercer tanto para los galeses al meter el balón entre la mallas…

Y, de nuevo, dos días más tarde moría el futbolista mexicano Antonio de Nigris a causa de un paro cardíaco en Larisa (Grecia), la ciudad del club donde militaba. Como en el caso de Montes, inicialmente se había informado que el delantero había muerto mientras se encontraba dormido en su residencia, pero fue de camino al hospital cuando tuvo lugar el fallecimiento. Da igual. Ramsey continuaba ajeno a la leyenda que se forjaba alrededor de sus goles…, entre otras cosas porque durante un partido contra el Stoke City, disputado en febrero de 2010, sufrió una fractura de tibia y peroné que le dejó nueve meses fuera de los terrenos de juego.

Sin embargo, no hay dos sin tres y, en 2011, recuperaría el tiempo perdido. Ya verás.

El primero de mayo Ramsey anotó su primer gol de la temporada contra el Manchester United, lo que supuso la victoria del Arsenal a domicilio por 1-0. Además fue un día importante para él, pues fue escogido mejor hombre del partido. Un acontecimiento así debía traer aparejada una

«víctima» más importante… Y el «nominado» fue: Osama bin Laden. Esta vez nos hizo un favor a todos, aunque esté mal decirlo.

En efecto, la noche del 1 de mayo de 2011 se anunció la muerte del líder de Al Qaeda a manos de unidades de élite de las fuerzas militares de Estados Unidos. en el transcurso de un tiroteo en Abbottabad (Pakistán).

El centrocampista terminó la temporada habiendo anotado en siete partidos de liga. En octubre marcó contra el Tottenham y dos días más tarde moría el fundador de Apple, Steve Jobs. También en octubre, un buen disparo desde larga distancia dio la victoria al Arsenal contra el Olympique de Marsella y otro disparo se llevó a Muammar al-Gaddafi a la tumba. La lista sigue con Whitney Houston (febrero de 2012), Chavela Vargas (agosto de 2012), Bebo Valdés (marzo de 2013) y Jorge Rafael Videla (mayo de 2013). Seis de siete; dime si no es para pensárselo.

Tras ese tanto conseguido en mayo de 2013 y hasta el mes de noviembre de ese mismo año, Ramsey anotó 13 goles (toco madera) con una «única víctima»: el boxeador Ken Norton. Parecía haberle dado la espalda a la maldición cuando metió dos «chicharritos» ante el Cardiff, el 30 de noviembre de 2013. Ese mismo día fallecía el actor Paul Walker, conocido por la saga cinematográfica *The Fast and the Furious*.

Ya en 2014, tres goles coincidieron con otras tres muertes: la del boxeador Rubin *Huracán* Carter, la del artista gráfico y escultor H. R. Giger y la del actor Robin Williams, lo que supuso un «respiro» en la supuesta maldición del futbolista hasta el 11 de abril de 2015, cuando marcó ante el Burnley… Dos días después fallecían dos ilustres escritores, Eduardo Galeano y Günter Grass. ¡Qué cenizo, por Dios!

El propio jugador ha llegado a pronunciarse sobre su fatal azar goleador: «Algunas personas me han hablado sobre estas historias, pero tampoco marco tantos goles», se lamentaba.

No te fastidia, menos mal que no eres Leo Messi o Cristiano Ronaldo, ¡bonito!

El centrocampista de veinticinco años ha calificado su maldición como «un rumor estúpido» que no encontraba nada divertido. En 2015, le confesó al periodista deportivo Alex Dimond que, además, «recientemente he marcado unos cuantos goles tras los cuales no ha muerto nadie, gracias a Dios».

La frase tiene miga, porque delata cierta «culpa» o «responsabilidad», lo que acredita que, al menos a nivel subconsciente, su mal fario está presente. Y es que, por ajeno que quiera mantenerse el jugador ante una estadística tan demoledora, debe ser imposible que no le afecte de cara a portería. El miedo siempre pasa factura.

Por fortuna, Ramsey no destaca por su olfato goleador, es más bien un centrocampista con una gran capacidad para el trabajo de presión y buenas asistencias. Con todo, su malograda fama se ha visto renovada con la muerte de otras tres celebridades.

El pasado 12 de enero de 2016 Ramsey marcó uno de los goles del trepidante partido disputado entre el Liverpool y el Arsenal que terminó con empate a tres. Al día siguiente se conocía la fatídica noticia de la muerte del actor británico Alan Rickman, recordado por interpretar al profesor Snape en las sagas de Harry Potter, entre muchos otros papeles.

El sábado 9 de enero el futbolista marcó en la victoria del Arsenal contra el Sunderland y dos días más tarde se conoció el fallecimiento del icono de la música David Bowie. Y, finalmente, el 6 de marzo de 2016 murieron la ex primera dama de Estados Unidos Nancy Reagan, a los noventa y cuatro años, y el periodista español Gaspar Rosety, una de las voces más reconocidas de las transmisiones de fútbol. Una vez más los fallecimientos coincidían con goles del centrocampista del Arsenal. ¡Y ni siquiera les mandó unas flores!

Bueno, en realidad, no se le puede achacar nada al ma-

logrado jugador, pero no es menos cierto que la «maldición del asesino del gol», está más vigente que nunca.

Coincidencias significativas

El caso de Ramsey ejemplifica uno de los principios más desconcertantes de las coincidencias: la «acausalidad», es decir, el hecho de que no tienen una causa aparente. Por esa razón el psicoanalista suizo Carl Gustav Jung se refería a ellas como «la ocurrencia temporal coincidente de eventos acausales», como «principio de conexión acausal», «paralelismo acausal» o, finalmente, como «coincidencia significativa».

Y es que la ciencia actual se fundamenta en el principio de inducción, según el cual a partir de la observación de un fenómeno determinado, le sigue otro y así sucederá siempre. En esta concepción del universo todo ocurre por, o a causa de, algo. Así, para que un suceso —llámale A— sea la causa de un suceso ——llámale B— se tienen que cumplir tres condiciones:

- Que A suceda antes que B.
- Que siempre que suceda A suceda B.
- Que A y B se encuentren próximos en el espacio y en el tiempo.

Si, tras varios ensayos, siempre que ha tenido lugar el suceso A ocurre B, es evidente que existe una relación y en el futuro sucederá lo mismo. Así se establece una ley en el campo de la ciencia. La gravedad, por ejemplo, determina que todos los cuerpos van hacia un centro. Tú puedes dejar caer un melón desde el balcón de tu casa y siempre caerá, ¿no? (y si no lo hace, anúnciate como David Copperfield, te auguro un futuro extraordinario). Pero las coincidencias, al no tener causa aparente, parecen romper con ese postulado.

Jung pensaba que estos fenómenos eran una expresión de lo que denominó *Unus mundus*, como si todo lo que

ocurre en el universo sucediera, en realidad, dentro de una sola mente. Esta conexión a distancia, sin la aparente acción de una fuerza física (conocida), sería posible porque todos los eventos y todos los sujetos que los perciben no son más que la misma cosa. Por esa razón se refirió a las coincidencias como «actos de creación en el tiempo».

Y hay veces que creer es crear.

Lo sabe bien la moderna neurociencia, que nos advierte que nuestro cerebro cambia con cada nuevo pensamiento, con cada nueva experiencia, con cada sueño que persigamos. En consecuencia, podemos cambiar en cualquier momento de nuestra vida pensando en positivo, dejando a un lado nuestros miedos. El ingrediente principal para llevar a cabo esa transformación es el conocimiento. Cada vez que aprendemos algo nuevo añadimos una nueva conexión en nuestro cerebro.

Algunos llegan más lejos.

Desde hace algunos años circula entre una parte de la sociedad la idea de que nuestro mundo no es real, es decir, de que vivimos en una suerte de Matrix, una simulación en la que estamos controlados por otro ser como si fuéramos juguetes. Algunos científicos y entusiastas de esta teoría aseguran incluso tener pruebas de que ¡la realidad es un holograma!

Entre ellos se encuentra Rich Terrile, director del Centro de Computación Evolutiva y Diseño Automatizado del Laboratorio de Propulsión a Chorro (JPL, Jet Propulsion Laboratory) de la NASA que —digo yo— muy «flipado» no debe de ser el hombre, si está donde está. Este científico piensa que en la ciudad vemos exactamente lo que necesitamos ver, reduciendo así la metrópoli hasta el tamaño de una consola. El universo, a su juicio, se comporta de la misma manera. Y no me refiero al SARA (acrónimo de Sistema de Activación Reticular Ascendente)* de nuestro cerebro, que actúa como filtro de nuestra atención para que nos fijemos

* Del SARA nos ocuparemos en el capítulo 3.

en las cosas más relevantes para la acción o preocupación que tengamos en un determinado momento, sino a formar parte de un programa, como ocurre en la película *El show de Truman*.

En la mecánica cuántica —ya tardaba en sacar el «temita»—, las partículas no tienen un determinado estado si no están siendo observadas en ese momento. ¿Recuerdas al gato de Schrödinger?* Pues eso.

Muchos teóricos han pasado mucho tiempo tratando de explicarlo. Una de las posibles respuestas es que vivimos en una especie de simulación, viendo lo que tenemos que ver en el momento oportuno para «alguien».

«¿Quién? —te preguntarás—. ¿Dios creador y todopoderoso?»

No, la mayoría de los científicos no creen en Dios, salvo que sea el «dios» de la partícula, el famoso bosón de Higgs, también conocido como *partícula de Dios* (es un chiste científico).

El filósofo Nick Bostrom sugirió en 2003 que vivíamos en una simulación modelada y regulada por nuestros descendientes, es decir, desde el futuro. ¿Cómo te has quedado? Este y otros pensadores postulan que existen razones empíricas por las que la hipótesis de la simulación podría ser válida. Según su propuesta, la civilización del futuro dispondría de una capacidad de computación tan enorme que nuestros descendientes podrían ejecutar con sus tecnologías una simulación de sus ancestros. El científico, sin embargo, no puede explicar por qué estos «programadores» estarían modelando la realidad. Pero, entonces, las coincidencias ¿son un error de *software* o, por el contrario, han sido deliberadamente inscritas en nuestra realidad con un propósito?

Tiempo tendremos de analizarlo.

* La paradoja de Schrödinger postula que el gato encerrado en la caja, en cuyo interior hay un recipiente con veneno y una fuente radiactiva que puede romperse, puede estar vivo y muerto al mismo tiempo. Sólo al abrirla elegimos la realidad.

Una cosa está clara. Aunque parezca surrealista, los científicos actuales son incapaces de saber qué es la realidad porque intentan revelar los patrones y órdenes en la compleja red de interconexiones de la naturaleza a través —exclusivamente— de sus causas y efectos. Pero, paradójicamente, cuando se estudia el universo causal hasta sus límites, se descubre que «todo causa todo lo demás» y que cada suceso surge de una telaraña o red infinita de relaciones causales.

¿Podría significar esto un paso atrás que conlleve cambiar el rigor de la física por algún planteamiento místico de la naturaleza? ¿Cómo es posible conservar la estructura de la ciencia mientras que, al mismo tiempo, se reconocen los límites de la causalidad y del determinismo?

Veámoslo de forma práctica. Miles de personas visitan anualmente la emblemática Torre de Pisa, en la piazza dei Miracoli, y su espectacular Duomo. Cada día cientos de turistas posan en los alrededores con su mano extendida al aire para realizar la más típica y tópica de las fotografías: esa en la que apareces sujetando la torre para evitar que se caiga. La mayoría de ellos son ajenos al hecho de que el padre de la astronomía moderna empleó la fantástica torre inclinada como escenario de sus demostraciones públicas.

En efecto, Galileo Galilei subió con sus alumnos los 293 escalones hasta lo alto de la torre para dejar caer desde allí varios objetos: balas de cañón y de mosquetón, y bolas de oro, de plata y de madera. Todos, incluido él mismo, esperaban que los objetos más pesados cayeran más rápido. Pero no fue así. Todos tocaron tierra al mismo tiempo y, de esta manera, hizo un gran descubrimiento: la gravedad acelera a todos los objetos del mismo modo, independientemente de su masa o composición.

Galileo, como es lógico, no podía eliminar de sus experimentos prácticos ni la resistencia del aire ni la fricción, pero sí podía hacerlo con el pensamiento, en el mundo abstracto de la física matemática. Para descubrir las leyes, re-

gularidades y patrones de la naturaleza es necesario, en primer lugar, extraer los fenómenos del mundo real para luego pasar a considerar las leyes fuera del marco de las contingencias de la vida cotidiana.

El universo mecánico de Einstein, por tanto, es una idealización, una realidad que sólo existe dentro del mundo de las ecuaciones y de las simulaciones de computadora. En un universo en el que «todo causa todo lo demás», sólo los experimentos del pensamiento y la separación de las contingencias de la naturaleza pueden llevarnos a deducir los patrones individuales fundamentales. Y las coincidencias nos ofrecen la posibilidad de ver más allá de nuestros conceptos convencionales del tiempo y la causalidad, de los inmensos patrones de la naturaleza, de la danza fundamental que conecta todas las cosas y del espejo que está suspendido entre nuestros universos interior y exterior.

Con las coincidencias como punto de partida, es posible empezar la construcción de un puente que atraviese los mundos de la mente y de la materia, de la física y de nuestra mente. Es el *hasard objectif* («azar objetivo») del que hablaba el teórico del surrealismo y poeta francés André Breton, que designa la confluencia inesperada o azarosa «entre lo que una persona desea y lo que el mundo le ofrece».

Cuidado con lo que piensas

En efecto, el «azar objetivo» es uno de los conceptos fundamentales del surrealismo: coincidencias o casualidades cuya carga emocional las dota de significado. En psicología, Jung las llamó *sincronicidades*, pues estaba convencido de que las coincidencias tenían un contenido simbólico muy significativo para quien las experimenta. Es más, podían ser un vaso comunicante entre el mundo de la vigilia y el mundo de los sueños.

Lo demuestra la experiencia de Inés. Esta joven asistió a la conferencia sobre *Coincidencias imposibles* que pronun-

cié en Madrid, en el marco del I Congreso del Misterio y Enigmas de la Historia organizado por el Club de Autores del Grupo Planeta. Impresionada, decidió comprar mi libro y leerlo (hago esta puntualización porque muchos compran libros para decorar sus estanterías). Más tarde me escribiría un correo electrónico:

> Un día cualquiera me despierto sobresaltada porque me ha fallado el despertador y voy a llegar tarde al trabajo. Me doy toda la prisa que puedo, de camino a la estación de Renfe, miro la hora y pienso que si me doy prisa no me retrasaré tanto.

Al llegar a la estación, Inés ve que el andén está lleno de gente y, entre la multitud, divisa a un chico que, por aquel entonces, le gustaba a rabiar. En el sueño se arma de valor y se acerca a saludarle. Intercambian las típicas frases y, finalmente, suben al concurrido tren, donde, ajenos a todo el mundo, siguen conversando hasta su llegar a su destino.

> «En ese momento —sigue narrando—, me despierto sobresaltada... Me doy cuenta de que me he dormido, y cuando voy de camino a la estación de Renfe, miro el reloj y, en ese mismo momento, caigo en la cuenta de que he soñado esa misma situación, y que era la misma hora. Para mi sorpresa, al llegar a la estación el andén estaba abarrotado, y pienso: «Y si...».

En efecto, allí estaba él. Ocurrió todo exactamente como lo había soñado, hasta el más mínimo detalle.

¿Fue sólo una coincidencia? ¿Tuvo Inés un sueño premonitorio o fue capaz de materializar sus pensamientos? Es decir, de realizar un acto de creación en su realidad individual. A mi juicio, todo encaja con esa idea de los vasos comunicantes de Jung entre los sueños y la vigilia. Dejó escrito Pitágoras: «Mide tus deseos, pesa tus opiniones, cuenta tus palabras». De lo contrario atente a las consecuencias porque pueden hacerse realidad.

Ya sé. Al hilo de la reflexión de Pitágoras te preguntas si Inés terminó liándose con el chico, ¿verdad?

Pues no. Por avatares de la vida, yo conocí personalmente a Inés y a su hermana, Ana, unos meses más tarde, durante una noche de «fiesta» muy particular y ochentera (no como la del ínclito Alex Caviel que expliqué al inicio) y nuestra amistad se reforzaría semanas más tarde durante la celebración del II Congreso de Misterio con la inestimable aportación de las «neopreno girls»..., pero esa es otra historia. Como es lógico, pregunté por el desenlace:

> Tuve la oportunidad y no la aproveché —me confesaría—, dejé que el «tren» pasara de largo. Aun teniendo toda la información, no supe aprovechar la oportunidad con mi amigo, quizás por lo alucinada que estaba por ese «hecho difícil de explicar».

No exagero si digo que experiencias como las de Inés las hemos tenido todos. Igual que la de estar pensando en una determinada persona que, de repente, aparece sin que ni el lugar ni la situación temporal lo requieran. Es como si nuestro pensamiento hubiera mandado un mensaje telepático al universo y este se encargara de materializarlo.

Inés no aprovechó —tal vez por miedo— lo que la fuerza de su pensamiento proyectó y la «casualidad» puso en su camino. A tenor de este caso resulta difícil saber el modo en el que la sincronicidad podría influir sobre nuestras inclinaciones, pensamientos o decisiones.

Quijotes del siglo XXI

Y es que todos somos propensos a encontrar señales que confirman o descartan ideas en las que venimos pensando. Por eso, quizás sea hora de comprender que existen procesos no conscientes que pueden convertirse en mecanismos valiosos para adquirir conocimientos y tomar decisiones, aunque *a priori* puedan parecernos un poco delirantes.

A los hechos me remito:

Diana es una lectora venezolana que descubrió *Coincidencias imposibles* gracias a una conferencia mía colgada en YouTube. El hecho es que «algo» resonó en su interior cuando yo contaba la experiencia de Jung con un escarabajo que relacionó con el sueño de una paciente a la que estaba tratando. Gracias a la «milagrosa» aparición del insecto formuló su teoría de la sincronicidad. ¿No la recuerdas? Así la describía el psicólogo suizo en su libro *Sincronicidad como principio de conexiones acausales,* publicado en 1952:

> Una joven paciente soñó, en un momento decisivo de su tratamiento, que le regalaban un escarabajo de oro. Mientras ella me contaba el sueño yo estaba sentado de espaldas a la ventana cerrada. De repente, oí detrás de mí un ruido, como si algo golpeara suavemente la ventana. Di media vuelta y vi afuera un insecto volador que chocaba contra la ventana. Abrí la ventana y lo cacé al vuelo. Era la analogía más próxima a un escarabajo de oro que pueda darse en nuestras latitudes, a saber, un escarabeido (crisomélido), la *Cetonia aurata*, la cetonia común, que al parecer, en contra de sus costumbres habituales, se vio en la necesidad de entrar en una habitación oscura precisamente en ese momento. Tengo que decir que no me había ocurrido nada semejante ni antes ni después de aquello, y que el sueño de aquella paciente sigue siendo un caso único en mi experiencia.

Impresionada por este suceso, Diana me escribió para contarme su particular conexión con este animal arquetípico en un momento en el que ella comenzaba a tener conciencia de que las casualidades no existían.

Sucedió en su habitación mientras estaba meditando acerca de Dios:

> Quise hacer una pregunta o desafío a ese Ser que sé que existe y creó este maravilloso universo [Mira que nos cuesta mencionar a Dios]. Le pedí que si de verdad me estaba escuchando me hiciera una señal de que Él estaba ahí. Terminé mi meditación y vi que sobre el edredón

> floreado de mi cama caminaba un escarabajo verde; pero, a diferencia de otros que yo he visto, este tenía en su caparazón un corazoncito blanco laqueado perfectamente visible.

Ni corta ni perezosa, Diana metió al insecto en un frasco de cristal y se lo llevó consigo a la casa de su hermana para contarle lo que había sucedido y, después, lo dejaron libre en su jardín.

> A partir de ese momento —sigue contando— comencé a ver en todas partes corazoncitos blancos exactamente iguales que los del escarabajo. En lugares y momentos inverosímiles, como, por ejemplo, mientras pelaba una cebolla morada. Después de quitar las primeras capas encontraba dibujado ese corazón; o si compraba berenjenas… llegué a ver una que tenía dibujado este corazón.

¿Eran las señales que había pedido? Más tarde, Diana empezaría a ver un mismo número en los lugares más dispares: en la matrícula de los coches, en el reloj… Se trataba del 44.

> […] Incluso me mudé a una ciudad de Italia [donde reside actualmente] cuyo número de prefijo telefónico es el 444. Sin buscarlo, he llegado a ver durante días enteros —por casualidad— la hora: siempre era 6:44, 7:44, etc. Ya me he cansado y no hago caso, lo veo normalísimo. Ahora sé que hay una fuerza superior, es como si hubiera alguien que se divierte jugando con nosotros.

El caso de Diana y su escarabajo no es único. Muchos otros lectores me han hecho notar coincidencias con este insecto. El significado de este arquetipo, asociado al dios Khefri por los antiguos egipcios, representa la transformación del individuo.

Jung, además, se dio cuenta de que las sincronicidades sucedían con más frecuencia en períodos de cambios vitales, como si se tratara de señales o mensajes en los que el sujeto percibe estar conectado a una realidad superior que engloba la suya propia. Lo resume muy bien en su blog la

especialista en psicología astrológica Victoria Manrique.

El mismo día que empezaba el verano su hijo de nueve años la llamó muy agitado:

—¡Mamá, ven! ¡Mira! ¡Un escarabajo de oro enorme!

Y, en efecto, cuando acudió al salón le mostró el interior de un cuenco de bronce que adornaba la chimenea y en cuyo interior se hallaba el insecto. El cuenco estaba al lado de una gran cesta de mimbre dentro de la cual descubrió, al asomar la cabeza a la boca de la chimenea, a un pájaro muerto.

> Imagino que olvidamos el tiro de la chimenea abierto —recuerda Victoria—, que el pájaro debió de entrar por allí y, al no poder salir, acabó muriendo dentro de la cesta. Al mismo tiempo, o quizás poco después, el escarabajo dorado debió de caer dentro del cuenco de bronce, pero el insecto estaba vivo.

¡Y tan vivo!, porque cuando su hijo lo sacó al porche para observarlo a la luz del sol, el bicho desplegó sus alas y echó a volar.

> Me quedé pensando en el significado del suceso —me confiesa—. Cualquier persona más racional, o yo misma en otra época, no le hubiera dado mayor importancia a esta historia; sin embargo, en esa etapa de mi vida sabía que un suceso tan simbólico tenía que tener un significado para mí. La sincronicidad sugiere que no hay casualidades, sino causalidades, y que la vida continuamente nos manda mensajes, que pueden ser más sutiles o más evidentes para nosotros.

Sabia reflexión. ¿Qué mensaje podían encerrar un pájaro muerto en una cesta y un escarabajo dorado —y vivo— en un cuenco de bronce? Victoria llegó a la siguiente conclusión:

> El pájaro muerto simboliza la muerte de una ilusión o ilusiones. El pájaro está dentro de una cesta. La cesta sirve para llevar y ofrecer cosas, como las cestas utilizadas en las ofrendas a los dioses y a los santos. El pájaro

muerto en una cesta representa el sacrificio de las ilusiones del ego, que hasta ahora habían sido parte de mi vida.

Cuando escribí a Victoria para pedirle permiso para reproducir su experiencia en este libro me confesó que durante aquel verano aparecieron muchos otros escarabajos dorados en su vida y que siempre era su hijo quien se los traía. ¿Eran señales? ¿Encerraban aquellos escarabajos un mensaje para Victoria o su hijo? Es evidente que ella, al menos, lo interpretó así.

Piénsalo. Buscar tu lugar en la vida a través de las señales que te manda —o crees que te manda— el «universo» o quien sea, te convierte en un Quijote. Ya sé, no bebes de los libros de caballerías (que ahora podrían ser los de autoayuda) pero te conviertes en caballero andante en términos cartesianos, por un acto de voluntad, de una voluntad seducida y fascinada por el «azar».

No es extraño, por tanto, que los protagonistas de las coincidencias significativas se sientan más «protegidos» en términos generales y que, en consecuencia, tengan menos miedos y arriesguen más. Creen que el universo conspira a su favor.